

La secretaria

Comentarios por Serapio Marcano

La secretaria (*Secretary*, 2002)

Una joven mujer, salida recientemente de un hospital psiquiátrico, obtiene un trabajo de secretaria en un bufete. Pronto, ella y su jefe inician una relación sexual sadomasoquista. Dirección: Steven Shainberg. Guión: Erin Crecida Wilson y Steven Shainberg, basado en el cuento de Mary Gaitskill. Elenco: Maggie Gyllenhaal (Lee Holloway), James Spader (E. Edward Grey), Jeremy Davies (Peter), Leslie Ann Warren (Joan Holloway), Patrick Bauchau (doctor Twardon).

Cuando uno se encuentra con una propuesta de un realizador cinematográfico como Shainberg, siente una invitación a mirar y pensar una manera de las relaciones humanas dentro de la cuales circula la violencia como parte de la modalidad vincular sadomasoquista. Lo primero que nos genera son una serie de preguntas: ¿cómo se gesta esta modalidad de goce en el sufrimiento?; ¿qué hace a la causalidad de esta conducta que atraviesa todos los vínculos desde la infancia hasta la adultez, a la vez que abarca todas las funciones de la vida psíquica, laboral nutricional, locomotriz y por supuesto la sexual y amorosa?; ¿hay alternativas de salidas?, y de haberlas ¿cuáles son las que la vida ofrece para lidiar con ellas tanto en lo intrasubjetivo como en lo intersubjetivo y transubjetivo, desde el individuo particular como desde el medio ambiente familiar y cultural?

Es pertinente recordar que cuando los psicoanalistas hablamos de sexualidad nos estamos refiriendo a la psicosexualidad, y que en estos modos sadomasoquistas las pulsiones eróticas están fragmentadas, disociadas o no integradas en una totalidad que tenga como fin el amalgamamiento de las pulsiones sexuales parciales en la genitalidad adulta.

La trama nos traslada desde un tiempo actual donde Lee Holloway aparece —con expresión de disfrute y una medio sonrisa en su rostro— haciendo su tarea laboral atada a una barra por sus muñecas y cuello, dando la imagen de alguien sometido a un instrumento de tortura pero disfrutándolo.

Sigue una secuencia que remite a un tiempo reciente cuando salía “recuperada” de una clínica psiquiátrica, donde había sido recluida para ser tratada por sus conductas autodestructivas y su reencuentro con la realidad familiar y su entorno, de la cual había sido separada durante la internación. El padre y el novio, que aparecen en escena, representarán dos maneras de asumir las relaciones amorosas y familiares: esposo-esposa, padres-hijos. El reencuentro nos muestra que sus vínculos familiares son vacuos, insulsos, displacenteros. En el padre ello se hace patente a través de unas expresiones comunes hacia su hija Lee, a la vez que esconde sus malestares, sentimientos e insatisfacciones en el alcoholismo.

El impacto que le produce a Lee dicho reencuentro con lo familiar externo la lleva a reencontrarse con lo familiar en su conducta, de lo que se suponía recuperada. Recurre a la autoagresión al no disponer de otros recursos que le permitan expresar y canalizar de una manera diferente los sentimientos de violencia que le estimulaban los maltratos a los que estaba acostumbrada desde siempre. Se agrede y agrede en su cuerpo cuando no puede, o no sabe, expresar la violencia de una manera útil y transformadora. Su cuerpo pasa a ser escenario de la violencia ejercida de una manera autoplástica, en lugar de la aloplastia que buscaría una preservación de su *self* y la transformación posible del ambiente.

La cura adaptativa a la que había sido sometida no produjo una salida satisfactoria ni transformadora a su agresión, a su sufrimiento y al goce ligado a ellos. Lo que produjo fue una mejoría sintomática en tanto se apartaba de los estímulos externos y de los impulsos internos. De allí que una alternativa de vida que se planteaba era el quedarse encerrada llevando una vida vacía.

La escena de los padres discutiendo y maltratándose es un modelo identificatorio que Lee ha recibido desde muy pequeña. Son modelos de cómo circula y se maneja la violencia en las relaciones de pareja; de cómo los maltratos van desde las agresiones físicas y verbales abiertas, hasta las sutiles, también físicas y mentales, encubiertas y a las cuales están atadas, encadenadas, en una especie de martirologio que se sucede repetidamente hasta el infinito.

En las identificaciones con las figuras parentales es donde comienza a gestarse la estructura mental sadomasoquista de Lee, que encontrará su complemento en Edward Grey.

A raíz de la escena de la pelea de los padres, Lee recurre de nuevo a sus métodos autoagresivos, esta vez con la tetera. A través de la quemada y el dolor subsiguiente expía, a la vez, la culpa que le producen los sentimientos o deseos hostiles, provenientes del Ello, que se estimularían al presenciar dicha escena, así como las tendencias punitivas y sádicas del Superyó generadoras de la culpa. El resultado es la expresión de satisfacción en el rostro. Sabemos que todo síntoma es una formación de compromiso que instrumentaliza, o padece, el Yo, al estar en medio de las tendencias contrapuestas del Ello y el Superyó. Hasta ese momento todas esas tendencias están recogidas neuróticamente dentro de Lee. Es una salida sintomática neurótica, donde el sadismo y el masoquismo, como formas de manejo de la agresión, son fenómenos predominantemente de orden intrasubjetivo. Mientras se mantienen en lo fundamental dentro del campo de lo intrapersonal, intrasubjetivo, dichos conflictos forman parte de los complejos que se observan en los cuadros depresivos, en los cuales el modo en que se maneja la agresión puede conducir hasta una regresión suicida, que en la película es insinuada en la imagen de ella flotando en la piscina como una doble imagen: niña-muñeca con flotadores y ella sumergida en el agua.

Cuando Lee sale a formarse como secretaria está planteándose una búsqueda de algo o alguien que la saque del encerramiento intrapsíquico repetitivo y abrirse por este intermedio al mundo de las relaciones intersubjetivas de una índole diferente a las que la constituyeron como sujeto humano. Antes de eso ha hecho un intento de botar los instrumentos y medios utilizados para infligirse daño y dolor. La madre los guarda bajo llave. No logra desprenderse de ellos de una manera efectiva y definitiva. Estas escenas representarían un deseo de reprimir las agresiones, una tendencia a la salida neurótica.

Desde el primer contacto con Edward se empieza a establecer un vínculo intersubjetivo en el cual no tiene cabida la salida neurótica al comenzar a establecerse una relación donde él asume su posición sádica y ella la masoquista. Cuando Edward la quiere alejar mostrándole todos los aspectos negativos del trabajo, también le está ofreciendo la posibilidad de no entrar y así no atarse en el juego perverso con él. Aunque a la vez esto es parte de su juego perverso, ya que es la prueba que le hace para ver si ella se ubica como objeto de su goce. Al aceptar Lee el cargo e insistir en que quiere entrar al trabajo, también está poniendo en escena su deseo de entrar en el juego perverso sadomasoquista. Allí ella queda instalada en el lugar predominantemente masoquista formando una unidad con Edward, quien se instala predominantemente en el lugar sádico. Son dos aspectos

disociados y complementarios de una unidad. No es en balde que cuando Lee practica a solas ser la secretaria del señor Grey dice: “Nosotros le responderemos”.

Para que la pulsión de apoderamiento del objeto se transforme en sadismo tiene que agregársele, además de la humillación y el dominio, el causar dolor, lo cual no está entre los propósitos iniciales del niño. Como defensa ante esta pulsión activa de apoderamiento hay una transformación del fin activo en pasivo y allí la transformación del sadismo en su contrario, el masoquismo. Cuando el experimentar dolor ha llegado a ser un fin masoquista, surge también el fin sádico de infligir dolor, del cual también goza aquel que lo inflige a otros identificándose de un modo masoquista con el objeto pasivo. Por tanto Edward Grey también goza a través de Lee Holloway.

Con la aparición de Trycia, ex esposa de Edward, buscándolo y luego asumiendo el rol sádico al pisotear simbólicamente a Edward, en su sobre todo, y la escena de Edward escondiéndose, tenemos una muestra de que esos roles, sádico y masoquista, pueden ser intercambiables. Lee está en el medio de esa pelea de la pareja, lo cual parece hacerle revivir las vivencias de cuando, desde pequeña hasta ahora, ella ha estado en medio de las peleas de los padres. La llamada del padre, quien se había separado de la madre, el que ella no lo pueda atender en ese momento, la intolerancia a la espera por parte del padre y su posterior alejamiento, la reacción de Lee golpeando el teléfono con violencia, forman parte de todo un complejo mundo intrapsíquico donde las situaciones del presente plantean una serie de secuencias que remiten tanto a la reconstrucción del pasado como a un intento de transformación del Yo (de la) sujeto en sus modos yoicos de asumir y administrar la violencia, descargándola hacia el afuera en otro, asumiendo un modo sádico y una vuelta a los modos masoquistas del pasado al recurrir de nuevo a la autoagresión. Su relación con la madre la ubica en una posición infantilizada, regresiva, adoptando una actitud de niña sentada en el asiento trasero del automóvil, como cuando iba al colegio y era llevada de vuelta a casa. Todo ello es observado por Edward. ¿Es acaso el surgimiento, pero disociado y proyectado, de la función observadora, evaluadora, del Yo?, ¿o es la emergencia de un Yo evaluador que busca salidas alternativas al goce en el sufrimiento propio de la perversión sadomasoquista?

La reaparición de Peter invitándola a incorporarse al modelo de la neurosis familiar, que incluye matrimonio, hijos y relación de sumisión a los padres, la hace intentar aceptar dicha propuesta y probarla, pero tampoco le ofrece ningún goce posible, como tampoco se lo ofrecen los “normales” y aburridos encuentros en la cama con Peter. Lo que le atrae es el vínculo y

goce sadomasoquista donde uno se somete a la voluntad de goce del otro. Lee invita a Peter a compartir esa modalidad vincular, pero la estructura predominantemente neurótica de éste no le permite descubrirla y compartirla con Lee. Es por eso que ella acepta tomar el camino que le ofrece Edward. El dolor intenso ya no será puesto afuera, en la piel de sus piernas, será trasladado a ser golpeada en las nalgas y allí se une el goce sadomasoquista al placer sexual con un goce fálico masturbatorio. No necesitará más los otros instrumentos de maltrato y por eso le dice a la madre que los puede botar definitivamente.

En un momento dado Edward parece querer salirse del vínculo sadomasoquista y Lee se sorprende, no lo acepta y continúa solicitando el maltrato como forma de goce. Edward la empuja a ser una secretaria normal, es decir, neurótica, pero ella asume entonces la posición sádica que no encuentra en él, identificándose con el objeto sádico, al golpearse a sí misma las nalgas. Así transcurre un tiempo hasta que logra la reinserción de Edward en el vínculo perverso.

Todo este movimiento entre los personajes de la trama nos hace pensar que existen procesos identificatorios con los modelos vinculares de las figuras parentales que pueden no estar estructurados de una manera rígida dentro del núcleo del Yo, no están reificados y por lo mismo se dan posiciones cambiantes en los roles que asumen dichos personajes. El personaje que aparece como más estable es el neurótico representado por Peter. Está, al igual que su familia, más sometido a los dictámenes de las normas y convenciones sociales. Edward tiene un esbozo, al igual que lo ha tenido antes Lee, de acogerse al llamado de dicha modalidad adaptativa, normalizante, expresado en un intento de borrar lo sucedido y retrotraer la relación al inicio de la misma. Es una búsqueda de instrumentar mecanismos de tipo obsesivo, como se vería también en los interminables ejercicios abdominales que realiza para buscar controlar el sadismo muscular anal expulsivo. Pero en ambos fracasa, pues es más intenso y fuerte el llamado de los modelos estructurales de tipo perverso, pero que aún no logran integrarse u organizarse de una manera sintónica al Yo y sin mayores conflictos con las normas de la cultura, que validan o no una determinada conducta, sea individual o de pareja. ¿Será que Edward siente la amenaza de que aparezca en él un deseo de acercamiento amoroso y por eso quiere alejarla para protegerla de su sadismo? ¿Será que la aparición de la imagen de Lee sumergida dentro de la piscina y luego la imagen con flotadores son expresión, en el lenguaje cinematográfico, de las tendencias regresivas hacia el vientre materno, o hacia el suicidio ante la imposibilidad del goce sadomasoquista?

La búsqueda de este goce es lo que estaría reflejado en el texto del libro *Ser dominante / sumiso* cuando se lee: “La gente suele pensar que la mejor forma de vivir es huyendo del dolor, pero una vida mucho más dichosa abarca todo el espectro del sentir humano. Si logramos sentir el dolor tanto como el placer podemos vivir una vida más profunda y significativa”. Edward y Lee están en procura de esa vida más profunda y significativa de una manera que sea más aceptable tanto para ellos como para la gente de su ambiente sociocultural.

Lee insiste en la búsqueda de ese dolor y placer sadomasoquistas y rechaza la propuesta de Edward. Por eso examina los clasificados de la prensa anhelando encontrar un objeto sustitutivo de Edward, que cumpla dichas funciones de una manera complementaria con ella. Hace algunas incursiones donde se ubica, o es ubicada, en el rol sádico. Pero no le satisface y hay una vuelta a los modos adaptativos, sumisos, convencionales, neuróticos, siguiendo el modelo de los padres tanto de ella y su hermana como de los de Peter, cuando surge la posibilidad de la boda. Es entonces cuando, estando en plenos preparativos para consumir la adaptación del Yo, Lee se rebela, lo tira todo y vuelve al camino propuesto por Edward. Va en su búsqueda diciéndole que LO AMA, a lo que Edward responde que no pueden hacer el amor veinticuatro horas al día, siete días a la semana, con lo cual se sugiere que la demanda de Lee lo coloca ante la incompletud del falo, ya que al no poder satisfacerla / satisfacerse, de un modo absoluto, idealizado, permanente, aparecerá el fantasma de la castración. Hacer el amor de esa manera contiene también la fantasía de fusión e indiscriminación sujeto / objeto. No poder hacerlo confrontaría con la experiencia de separación y discriminación sujeto / objeto, Yo / no-Yo. La fantasía de fusión del sujeto con el objeto, como un modelo de amor narcisista, configuraría un *self* grandioso, omnipotente. Al reconocerlo como un imposible no puede enamorarse. Si lo creyese posible estaríamos frente a un enamoramiento en forma de delirio maníaco. Siguen en la búsqueda de un nuevo modelo de enamoramiento que no sea neurótico ni perverso ni psicótico.

Lee lo reta y Edward vuelve a asomarse al vínculo perverso ubicándola en la posición masoquista, al obligarla a colocarse en el escritorio y permanecer inmóvil hasta que él vuelva, pensando que ella no va a soportarlo, que va a fallar y deseando que sea ella quien falle, pues la falta no sería de él. La falla es la amenaza a su omnipotencia fálico-narcisística, identificada proyectivamente en Lee.

Ni Edward ni los otros personajes, representantes de los diferentes modos de enfrentar el vínculo amoroso, basado en las pulsiones sadomaso-

quistas, logran mover a Lee de su posición de esclava. Esta inmovilidad nos habla de un guión erótico rígido, inamovible; estructurado bajo esa modalidad de goce. Ella le dice a Edward que quiere hacer el amor, es decir, que su ubicación masoquista es una condición de excitación del deseo erótico, como lo es para Edward la ubicación sádica.

Esta manera de establecer el vínculo amoroso no está sujeta a las leyes del proceso secundario que es lo que se trasluce cuando la asistente dice: “No hay ley capaz de controlar la relación entre un hombre y una mujer”; es decir, la ley que impera no es otra que la del proceso primario, que es la que rige los espacios psíquicos inconscientes y que no son las formas “normales” de mostrar los sentimientos, es decir, las formas que pauta la cultura como lo establecido para los sujetos adscritos a ella que de acatarlas serán considerados dentro de la normalidad, dentro de la tradición, como le dice el sacerdote a Lee.

La hermana logra identificarse con la lucha que sostiene Lee para reivindicar su posición ante el ejercicio de una sexualidad diferente y la admira por ello. El padre de Lee también le refuerza su derecho a ejercer la propiedad sobre su cuerpo desujetándose de los modelos culturales de asumir la sexualidad entre un hombre y una mujer, cuando le dice que su cuerpo y su alma son suyos y puede hacer con ellos lo que desee.

Cuando Edward se encuentra con lo que ha escrito Lee—donde revela que siempre sufrió, que no sabe exactamente por qué, pero que sí sabe que ahora no tiene tanto miedo a sufrir porque siente más de lo que nunca sintió y encontró a alguien con quien sentir, con quien jugar, a quien amar de una forma que está bien para ella y que espera que él (Edward) sepa que puede ver que él sufre también y que quiere amarlo—, se despierta en Edward una corriente amorosa, tierna y sensual hacia Lee. Lo que eran cicatrices se tornan en recuerdos de los diferentes estados de ánimo y, al hacer la reconstrucción de las situaciones dolorosas traumáticas, las mismas se van transformando en un nuevo tipo de experiencias. Por primera vez se sintió hermosa y finalmente parte de la tierra, tocó el suelo y él la amó también. Asumirlo de esa manera los llevó a incorporar sus “actividades” sadomasoquistas dentro de una nueva modalidad sexual privada (¿locura privada?) y por tanto socialmente aceptada. Ya no se lucha contra ella desde lo intrasubjetivo neurótico, ni desde lo intersubjetivo perverso, ni desde lo transubjetivo sometimiento/rebeldía, sino que se lo acepta como una modalidad de placer del cual se puede hablar. Deja de ser displacentero, egodistónico para el Yo, para transformarse en placentero, egosintónico, asumiéndolo sin culpa e integrando las pulsiones parciales pregenitales dentro de la

actividad genital adulta, como se observa cuando entre los juegos sexuales entra el ingrediente de la cucaracha (¿fetiché?) como una pimienta que sazona la relación.

En esta película el tema del sadomasoquismo queda finalmente despojado de toda connotación moral al entrar a ser considerado como una modalidad novedosa de ejercer la sexualidad. Parecería ser éste uno de los caminos que se abren en el posmodernismo para crear nuevas sexualidades.